

# La novela corta revolucionaria

1. Una noche imprecisamente localizada hacia finales de 1905, «una noche en que las zozobras que trae consigo la penuria» no dejaban conciliar el sueño al popular novelista Eduardo Zamacois, indiscutible maestro —con Felipe Trigo— de la promoción sicalíptica que tanta boga alcanzó durante las primeras décadas de nuestro siglo (su obra —también la de Trigo—, mucho más importante que la de sus compañeros e imitadores, se teñiría luego, a partir de *El otro* y *La opinión ajena*, de 1910 y 1913, de inquietud social y aspiraciones humanas), una noche de zozobra, decía, a Zamacois le asaltó la idea de fundar una revista literaria íntegra y exclusivamente dedicada a la publicación de novelas cortas inéditas de autores españoles contemporáneos. Según decidió aquella fructífera noche, *El Cuento Semanal*: veinticuatro páginas con varias ilustraciones más una caricatura del autor en la cubierta cuya realización encomendaría a los mejores dibujantes del momento, tendría periodicidad semanal (incluso determinó que saldría los viernes) y cada ejemplar costaría treinta módicos céntimos. «No hubo en mi concepción el menor titubeo», recordaría.<sup>1</sup>

Autoconvencido de la genialidad de su proyecto, Zamacois puso rumbo a Barcelona en busca del editor Ramón Sopena. En aquella histórica Casa sufriría el primer desengaño: «La idea es bonita», asintió Sopena. «Si quieres», continuó, «añadiré que me encanta. Pero esa publicación, desde el punto de vista editorial, sería un fracaso.» Sin darse por vencido nuestro novelista regresó a Madrid. Y enseguida estableció contacto con Gregorio Pueyo.

Nueva entrevista, renovadas argumentaciones, y el viejo Pueyo, desconfiado y lacónico, que al final dijo: «Pásese mañana por aquí y le daré una contestación. La idea, en principio, no me parece mala». Pero, ya se sabe, los principios no suelen coincidir con los finales. Todo había cambiado al día siguiente: «Entendía Pueyo, al igual que Sopena», recordaría Zamacois, «que una revista exclusivamente literaria, no obstante su originalidad y rica presentación, jamás lograría reunir el número necesario de lectores para cubrir gastos».

Zamacois siguió insistiendo a pesar de tan rotundas negativas. Su tercer interlocutor fue José del Perojo, propietario y fundador de *Nuevo Mundo*, uno de los semanarios entonces de mayor aceptación. La escena volvió a repetirse:

«Desde el punto de vista comercial», corroboró Perojo, «la revista que usted sueña es inaceptable porque desdeña la *actualidad*, que es donde radica el éxito de las publicaciones semanales».

<sup>1</sup> Eduardo Zamacois, *Un hombre que se va... (Memorias)*. Segunda edición. Buenos Aires, Santiago Rueda, 1969; cap. XII, pp. 235-250. También proceden de aquí las restantes citas de Zamacois.

«A cambio de información —objetó el novelista—, daríamos buena literatura.»

El señor del Perojo se mantuvo en sus trece: «Y ¿qué adelantaremos con eso si al gran público, que es el que necesitamos conquistar, no le gusta leer?», sentenció.

Así las cosas, cuando parecían agotadas las posibilidades lógicas de realizar el proyecto (representaban mucho las tajantes negativas de tres acreditados editores), tan negro panorama cambió de manera imprevista merced a la generosa disposición de Antonio Galiardo, joven periodista, bastante rico y también bastante neurasténico, a quien Zamacois había recomendado algunos meses antes, cuando sufría una aguda depresión, para que fuese admitido en la redacción de *La Publicidad* de Barcelona.

Consciente de que se le presentaba una oportunidad irrepetible, Zamacois actuó sin pérdida de tiempo. La providencial aparición de Galiardo tuvo lugar a finales de 1906, pues bien, el número inaugural de *El Cuento Semanal*, *Desencanto* de Octavio Picón, salió a la calle el viernes 1 de enero de 1907. Vencidas las inevitables resistencias iniciales, el éxito de la colección resultó fulminante, rotundo, sin precedentes. Algunos números alcanzaron cuarenta y hasta sesenta mil ejemplares de tirada. Y así semana tras semana. *El Cuento Semanal* demostró, sin que su triunfal trayectoria dejase el más mínimo resquicio para la duda, que entre las clases populares existía un considerable potencial de lectores cuya incorporación al mundo del libro estaba siendo decisivamente dificultada por la mostrenca repetición de fórmulas editoriales socialmente muy restrictivas. El excesivo precio de los volúmenes normales y el cauce exclusivo de las librerías constituían sendos obstáculos cuya superación resultaba indispensable para conseguir acceder a esa potencial masa de lectores. Zamacois sabía eludirlos. De ahí el éxito de *El Cuento Semanal*.

Y, como era de prever, la fortuna de su colección despertó de inmediato insospechados afanes de emulación entre la gente del libro. Según Federico Carlos Sainz de Robles, en el período comprendido entre 1909 y 1936 surgieron casi un centenar de series inspiradas en el modelo de la de Zamacois, y entre todas ellas, ¡hay que asombrarse!, publicaron «más de diez mil novelas».<sup>2</sup> *El Cuento Semanal* dio origen, por consiguiente, al impresionante aluvión de novelas cortas de autores españoles, de bajo precio y distribuidas a través de los quioscos de prensa, que constituyó el fenómeno editorial y literario más relevante de aquellos años. Y dicho aluvión novelístico logró inculcar la costumbre de leer en unos ambientes que hasta entonces se habían mantenido a prudente distancia del mundo del libro. En resumen: *El Cuento Semanal*, con Zamacois y Antonio Galiardo al fondo, propició un cambio profundo y radical, de signo muy positivo, en el alicaído panorama editorial español que nuestra pobre sociedad literaria había heredado del siglo anterior.

2. El modelo ideado por Zamacois era, en principio, susceptible de ser aprovechado desde múltiples perspectivas ideológicas. Ahora bien, razones tanto políticas (entre otras, y no fue la de menor influencia, la incapacidad de las izquierdas) como económicas demasiado fáciles de comprender, determinaron que, en la práctica, dicha «revolución»

<sup>2</sup> Federico Carlos Sainz de Robles, *La promoción de «El Cuento Semanal», 1907-1925*. Madrid, Espasa Calpe, 1975 (*Austral*, 1.592).

editorial quedase casi exclusivamente limitada a lo que se podía denominar el círculo de la novela burguesa.

3. Aunque todavía estén poco documentados los orígenes de la narrativa revolucionaria de quiosco en nuestro país, no parece aventurado señalar que fueron los hombres de Prensa Roja, anarcosindicalistas y republicanos radicales, los primeros, o cuando menos de los primeros, en plantearse la conveniencia de hacer suya, para «instrumentalizarla» con fines revolucionarios, la idea de Zamacois.

Además de una revista biográfica, *Siluetas*,<sup>3</sup> y diversas obras,<sup>4</sup> Prensa Roja lanzó a comienzos de los años veinte una colección de relatos cortos, *La Novela Roja*, de cuya vida daría buena cuenta el golpista general Primo de Rivera, quien de inmediato implantó una rígida censura previa de prensa que hizo absolutamente inviable su continuación. *La Novela Roja* publicó más de cuarenta obras, tanto de autores nacionales como extranjeros, pero en cualquier caso de mayoritaria adscripción anarcosindicalista. Cada volumen, de veinte páginas, costaba treinta céntimos, aunque algunos, que sólo llegaban a dieciséis, se quedasen en veinte. Son, pues, muy evidentes tanto sus similitudes —comerciales— como sus diferencias —ideológicas— respecto a *El Cuento Semanal*. Se trataba, insisto, de utilizar con fines revolucionarios la brillante iniciativa, literaria, de Zamacois.

4. Condenando al silencio a Prensa Roja, la Dictadura impidió que esta experiencia siguiese adelante. Y, en consecuencia, durante varios años el género de la novela corta, en su modalidad de las colecciones semanales de quiosco, volvería a ser coto casi exclusivo, con las lógicas pero aisladas excepciones de rigor, de los autores y las empresas considerados afines, inofensivos o, en el peor de los casos, poco molestos, cuando no asimilables, por el Poder. Y es de notar, por paradójico que a primera vista resulte, que entre las colecciones autorizadas, o toleradas, figuró *La Novela Ideal* de *La Revista Blanca*, la histórica publicación anarquista de la familia Montseny.

*La Novela Ideal* comenzó a salir en 1925, y a lo largo de su existencia, que se prolongaría hasta bien entrado 1938, lanzó más de quinientos relatos. En general, sobre todo

<sup>3</sup> *Siluetas*, «Revista política, literaria y de actualidad». Madrid, 15 de mayo-diciembre de 1923, 16 números con periodicidad, sucesivamente quincenal (1 y 2), decenal (3-12) y semanal (15 y 16). No he localizado ejemplares de los números 13 y 14). Director, Fernando Pintado. Dedicada a trazar la semblanza de personajes de la vida política (Indalecio Prieto de Torralva Beci) y cultural (Utramuño de Sánchez Rojas o Joaquín Costa de Samblancat) o de los medios anarcosindicalistas (Francisco Layret de Samblancat, Salvador Seguí de Salvador Quemades y Angel Pestaña de Víctor Gabrondo), a partir del asentamiento del régimen golpista del general Primo de Rivera su línea de publicaciones acusaría un sensible cambio de orientación que, a juzgar por diversos indicios, vendría impuesto por la desagradable realidad de la rígida censura militar de publicaciones periódicas que de inmediato quedó implantada. Sus dos últimos títulos, Gustavo Adolfo Bécquer de Rodolfo Rocker y José María Gabriel y Galán de José Sánchez Rojas, reflejan con claridad tan tremendas limitaciones.

<sup>4</sup> Breves apuntes sobre religión de Antonio Torres (col. «Biblioteca de Cultura Obrera»), Testas y tiestos coronados de Angel Samblancat, El abogado del obrero de Sánchez Rosa, La sublevación del Numancia de Jesús Ara (col. «Episodios Revolucionarios»), Amor libre y libertad sexual de E. Armand (col. «El Folletón Sensacional») y ¿Qué es la anarquía? de Pedro Kropotkin, entre otros muchos libros. También mantuvo una «Biblioteca Prensa Roja» integrada por más de sesenta obras, tanto de su fondo como del de otras editoriales, con títulos de Federico Urales (Juan Montseny), Angel Samblancat, Pestaña, Kropotkin, Pi y Margall, Nakens, Marx, Sorel, Eduardo Barriobero y Herrán, Aláiz, Seisdedos, Gorki y un larguísimo etcétera. Tras el golpe de estado de Primo de Rivera esta «Biblioteca Prensa Roja» requeriría ser rebautizada con el aséptico nombre de «Biblioteca Siluetas», al tiempo que numerosos libros se «caían» de su lista.